



## EL FILÓSOFO MODERNO

### I.

#### LA ESPECIE.

**Q**UIGAMOS por un momento á Diderot , que va á darnos una idea general de la especie.

«Todos somos ecléticos. Desde el siglo xv, ¿qué hacemos, pregunta, tantos como somos? ¿Qué somos desde Jordán Bruno, desde Cardano? ¿Tenemos acaso una bandera, una escuela?... Yo no veo más que libre pensadores, celosos de la prerrogativa más bella de la humanidad : la *libertad de pensar por sí mismo*. El sectario es un hombre que ha abrazado la doctrina de un filósofo; el eclético, por el contrario, es un hombre que, pisoteando la *preocupación*, la *tradicción*, la *antigüedad*, el *consentimiento universal*, la *autoridad*; en una palabra, todo lo que subyuga al vulgo de los espiri-



tus, se atreve á pensar por sí mismo, á remontarse á los principios generales más claros, examinarlos, discutirlos, no admitir nada sino sobre el testimonio de su experiencia, de su razón; y de todas las filosofías que ha analizado, sin parcialidad, hacerse una particular que le pertenezca.»

Semejante eclecticismo constituye el estado de profunda anarquía intelectual en que se agita el *pensamiento libre*. Y como que cada uno, debiendo referirse á su propia razón en materias de verdad, es muy difícil que se entregue á la razón de los otros, resulta que cada filósofo viene á ser una filosofía particular, que le es propia y que casi exclusivamente le pertenece. Cada *libre pensador* forma un cuerpo de doctrina para su uso. Se puede decir que cada hijo de vecino funda su escuela, en la que él mismo es el único maestro y el único discípulo. La última evolución hegeliana ha dicho: cada cual es á sí propio su dios; y en tal caso, nada más justo que cada uno de esos filósofos tribute á su sabia divinidad el homenaje solitario de su propia adoración.

Mas en medio del individualismo científico de esta sabia confusión, se distinguen las tres ramas principales que parten del tronco de la filosofía independiente. Por una parte están los *idealistas*, que niegan el cuerpo; más allá están los *materialistas*, que niegan el alma, y antes de llegar á unos y á otros tropezaréis con los *deístas*: deísmo del cual dice Proudhon que es el ventorrillo necesario á los

que han abandonado la religión de sus padres.

Si hemos de dar crédito á Cicerón, que en este punto es testigo irrecusable, no hay absurdo ni extravagancia, por grande que sea, que no haya sido enseñado por algún filósofo.

Descartes fué del mismo parecer, y, tan ingenuo como Cicerón, no tuvo inconveniente en confesarlo: «Está demostrado por la experiencia, dice, que los que profesan la filosofía son muchas veces los que saben menos, y que no hacen tan buen uso de la razón como los que no se han dedicado nunca á semejante estudio».

En fin, Rousseau ha llevado mucho más lejos la severidad de su juicio, pues en un momento de desesperación ó de remordimientos se escapó de su alma esta desolada frase: «El hombre que razona es un animal depravado».

Después de los tres testigos que acabo de citar, ¿me permitirán los *espíritus fuertes* que invoque el testimonio de San Pablo? Refiriéndose á los más grandes filósofos de la antigüedad pagana, decía el Apóstol de las Gentes: «Estos hombres que se habían colocado como los más sabios de los hombres, no eran sino los más necios y los más estúpidos de ellos».

Pero no nos contentemos con el juicio de los testigos. Oigamos á algunos de los filósofos que más alto han puesto el honor de la razón libre. Oid la opinión científica que Jouffroy tiene de sí mismo:



«Hay todavía, dice, demasiadas preocupaciones en el mundo, demasiado orgullo en el hombre, demasiado cristianismo en Europa, demasiada fe en la Francia, para que se pueda, sin temor de herir legítimas susceptibilidades, afirmar que el hombre no es más que una bestia, que vive por el cuerpo y concluye con el cuerpo.»

Sea la que quiera la ignominia que Jouffroy os anuncie en esas palabras, siempre tendréis que agradecerle el respeto que tributa á vuestras susceptibilidades. No se os puede decir más atentamente que todavía no habéis llegado á este punto de madurez é ilustración necesarias, para que podáis saber sin indignación, sin vergüenza y sin enojo, que no sois, en definitiva, más que unas bestias. Pero entretanto, Jouffroy os permite que lo ignoréis; y esa condescendencia hacia vuestra ignorancia os consiente por algún tiempo todavía la persuasión de que sois hombres: por ahora, él solo está en el secreto.

Mas si Jouffroy ha sido tan atento, Virchow, menos escrupuloso, ha sido más franco. ¿A qué andar con tantos secretos? «Vivir no es más que una forma particular de la mecánica»; y he ahí, por la intervención científica de otro filósofo, á la bestia convertida en máquina.

M. Taine, más inflexible todavía, no se concede ni el simple honor de ser un mero mecanismo; al contrario, declara terminantemente que el hombre es un producto como otro cualquiera. Para este

libre pensador, que extiende su sabiduría por la tierra desde la *Revista de ambos mundos*, «cada siglo, cada raza, cada clima han tenido su moral distinta»; por lo cual afirma con una sinceridad abrumadora que el vicio y la virtud son productos lo mismo que el azúcar y el vitriolo. Apenas se concibe el asombro de la naturaleza al encontrarse con el mágico poder de una química que hasta ahora le ha sido desconocida.

Mas Condorcet, como si quisiera consolarnos del cruel rigor de estas investigaciones filosóficas, ha vaticinado que esa misma filosofía llegará en algún tiempo á encontrar y revelar al hombre el secreto para no morir.... Tenemos, pues, la eternidad en perspectiva; y preciso será ir pensando en ensanchar los términos de la tierra si ha de contener la interminable suma de las generaciones inmortales.

Mas ¡ah! si el decreto de Condorcet se cumple, adiós maravilloso sistema de Moleschott; la *circulación de la vida* descubierta por la inaudita perspicacia de este filósofo, se vería paralizada, porque le es absolutamente indispensable la muerte para producir la vida. Oid sus propias palabras:

«¡Qué precioso era aquel polvo que los antiguos depositaban en las urnas cinerarias en el fondo de los sepulcros! Constituía la materia que da á las plantas el poder de crear los hombres.»

«Bastaría cambiar un lugar de sepultura por otros, después de haber servido un año, para ob-



tener al cabo de seis ó diez años un campo de los más fértiles, *que crease hombres*, al mismo tiempo que aumentaría la cantidad de los cereales.»

¿Dónde ha estado escondido hasta ahora el secreto de esta inaudita agricultura? ¿En qué rincón oculto de la ciencia yacía ocioso ese prodigio de vegetación humana?... ¡Oh ilustre profesor de la Universidad de Turín! Si Condorcet no nos consigue la inmortalidad que en nombre de la filosofía nos tiene prometida, ¿cuánto va á deberte el hombre futuro!.... ¡Entonces sí que será completamente libre!.... Se hallará emancipado del dominio de los padres, de la esclavitud de los hijos, del yugo de la familia.... Y tú, ¡oh dulce y cara mitad del género humano!, ¿qué dices á esto?... ¿Comprendes la deplorable inutilidad á que te condena la ciencia de los filósofos modernos?... Moleschott, que tiene bastante poder filosófico para convertir la sociedad en un bosque y el género humano en una selva, ¿qué destino te reservará en su sabiduría? No es posible adivinarlo. Acaso te conserve como un lujo de vegetación, como un adorno bello é inútil, como una flor también inútil y también bella.

Y he aquí un prodigio aritmético que salta á los ojos: al mismo tiempo que Moleschott multiplica el género humano por medio de la agricultura, lo reduce hasta el punto de restar nada menos que la mitad de la especie.

Todo es ya posible, porque para M. Renan no tiene límite alguno la inteligencia humana; nada

es superior al hombre. Así es que este filósofo, dirigiendo sus miradas á un horizonte más vasto, espera la aparición de *un químico predestinado que transforme todas las cosas*; la aparición de *un biólogo que se baga al fin dueño del secreto de la vida*.

Y como si se sintiera poseído por el espíritu profético de su filosofía, exclama:

«¿Quién sabe si la ciencia infinita nos traerá el poder infinito?... Sí, el poder infinito, porque el poder del futuro sabio omnisciente puede llegar hasta resucitarnos. Podemos afirmar que la resurrección final será obra de la ciencia.»

Aquí me detengo absorto, oprimido por el peso de una impresión dolorosa; siento mi razón llena de angustia, de una angustia indecible, y puedo asegurar que me duele el alma.

## II.

### ¿QUÉ SON?

Yo pregunto: ¿Estos hombres son unos sabios, ó son unos insensatos? ¿Me encuentro en presencia de una academia de filósofos, ó delante de una jaula de locos?... Si analizara la sensación que experimento, encontraría en ella horror, lástima y vergüenza. Horror, porque espanta la profundidad del abismo en que puede caer la inteligencia humana abandonada á sí misma. Lástima, porque no



hay desdicha más grande que la ceguedad voluntaria á que se condenan los que toman por única guía la soberbia de su razón. Vergüenza, porque el desorden de semejantes delirios es la afrenta del entendimiento. Sí; horror, porque es el caos; lástima, porque es la locura; vergüenza, porque es la embriaguez.

Ciertamente entristecen el ánimo con el espectáculo de tanto extravío, de tanta extravagancia, de tanto absurdo; no se les puede pedir ni más audacia, ni más fiereza, ni más frescura. Ellos, haciendo del talento que han recibido de la Inteligencia suprema un uso inicuo, calumnian á la razón é infaman á la ciencia. Es la traición de aquellos que vuelven contra su patria las armas que su misma patria les ha confiado; es la mano alevosa del hijo que se levanta contra el padre á quien debe el ser, la vida y la fuerza.

Mas no es entre las inteligencias superiores que acaban de bosquejarse por sí mismas, y que tan duras sentencias han merecido de Cicerón y de Descartes, de Rousseau y de San Pablo, donde yo me propongo buscar la fisonomía contemporánea del filósofo moderno. Yo no me siento con bastante fuerza para juzgar á los grandes hombres, y los abandono al juicio de los grandes hombres. Los talentos pervertidos y los genios extraviados son propios de todos los siglos, y yo no pretendo pasar del vulgo de los filósofos.

Dejó al maestro para trazar el perfil del disci-

pulo, porque se me ofrece como una fisonomía propia, característica de nuestra época.

No es un trabajo serio el que me espera, no; el perfil que distingo y que ha de servirme de modelo, se presta más á los encantos de la amenidad que el dogmatismo de la crítica.

Si acierto á contornearlo como es, podréis sonreiros; y, ¿quién sabe?: acaso acabéis por entristeceros, porque, ¡vamos!, bien mirado el caso, no es enteramente un caso de risa.

Entretanto, ya habéis visto lo que me atrevo á llamar la especie, y la habéis visto pintada por sí misma; otro día veremos la figura. ¡Ah!... ¡si yo pudiera dibujarla con la fidelidad que la estoy viendo!... No obstante, voy á intentarlo.

### III.

#### EL PERFIL.

La fisonomía que intento bosquejar en el curso del presente capítulo, ya lo he dicho, no pertenece á ninguno de esos seres raros que respiran la atmósfera de la sabiduría en las altas regiones de las ciencias humanas. No es un ser, digámoslo así, abstracto, sino un individuo sumamente concreto. No es una de esas inteligencias que, bien ó mal encaminadas, buscan la verdad por amor á la verdad misma, y que, sea como quiera, más oscuros ó

:



más claros, más anchos ó más estrechos, pasan en el mundo por pozos de ciencia.

Precisamente el filósofo que tienta mi pluma en estos momentos, viene á ser todo lo contrario. Un sabio es, al fin, el resumen de una biblioteca; hace de su memoria el archivo de todos los conocimientos humanos que el estudio pone á su alcance, y habla como un libro. Con frecuencia su juicio se extravía, y á lo mejor, cargado con su fardo de ciencia, sale por los cerros de Úbeda. Muy bien; pero al fin es un sabio, funesto muchas veces, pero al fin sabio. No se le puede negar el mérito de haberse quemado las cejas durante todo el curso de su vida para perderse y para perdersenos.

Nuestro filósofo es un ser más vulgar, más común, y, digámoslo así, más corriente; se le encuentra en cualquier parte, mejor dicho, se le encuentra en todas. Discute en los cafés, perora en los clubs, profetiza en los casinos, y echa también su cuarto á espadas en los ateneos. Es una especie de *bulle bulle* filosófico, un *corvedile* científico. Su entendimiento no es una biblioteca; es más bien una cartera llena de apuntes en abreviatura, que contienen medias ideas, medias frases, medias palabras; un cajón de sastre, donde se encuentran retales, recortes de todos los errores.

En 1834 se desató el furor de los versos lúgubres; la musa de los cementerios fué de casa en casa, y aquí uno y más allá otro, comenzaron á

salir del polvo de la tierra generaciones súbitas de poetas más tristes que la misma muerte. Aquello fué una verdadera desolación; parecía que el mundo se hallaba en la víspera de su última catástrofe; no era posible vivir en aquellos días sin morir; todo era desesperación, lamentos, suicidios, en verso, por supuesto. La poesía romántica inspiraba los más sepulcrales desatinos, y el que no tenía á su alcance un arpa en que llorar sus imaginarias desdichas en metros desaforados, casi no pertenecía al género humano.

Al fin se disipó aquella nube de trovadores que contristó la tierra; la epidemia pasó, como pasan todas las calamidades, dejando en las huellas de su paso el germen de otra dolencia más desastrosa: la plaga de la filosofía. El furor métrico degeneró en furor político: brotaron por todas partes oradores, estadistas y hombres de Estado; partidos, grupos, fracciones; callaron las cítaras, para que resonara la voz de los tumultos, de las asonadas, de los pronunciamientos y de los motines, y apareció al fin el nuevo contagio: el furor filosófico; y he aquí que todos somos filósofos.

A los desórdenes de la poesía siguió el trastorno de la vida pública, y no había de hacerse esperar mucho tiempo el libertinaje de la ciencia.

Nos hallamos, pues, en el período álgido de este último acceso de la inteligencia independiente. La dolencia ha penetrado en todos los espíritus; hace grandes estragos en los entendimientos enfer-



mizos, y aprovecha fácilmente las predisposiciones de los vicios y de la ignorancia.

Descendiendo de las locas abstracciones de la sabiduría soberbia, ha penetrado en el vulgo de las inteligencias, bajando hasta la última hez de los instintos humanos.

No llaméis horda salvaje á la *Internacional* que os amenaza con sus devastaciones, porque en verdad no debe ser á vuestros ojos más que una asociación de filósofos. Cada uno de ellos es la encarnación de vuestra filosofía, la realidad moral de vuestra ciencia. Si vosotros sois los principios, ellos son las consecuencias. Detrás de las teorías, los hechos; detrás de las negaciones, los desastres; detrás de los errores, los crímenes.

Esa es la última evolución del *yo* en el tiempo y en el espacio; ese es el ejercicio, digámoslo así, científico de la conciencia libre, el acto supremo de la ciencia.

El tipo que se nos viene á las manos no representa una inteligencia que piensa, ni un brazo que ejecuta, ni es el error didáctico, ni el error práctico; es simplemente el eco del error. Es un filósofo, que es al filósofo lo que el mono al hombre, una mueca de *Vogt* ó de *Renan*, la caricatura de *Voltaire* ó de *Krause*, la burla de *Kant*, de *Fichte* ó de *Hegel*.

Ninguna señal exterior lo distingue del resto de los hombres; no encontraréis en su fisonomía rasgo alguno que lo anuncie; las vigiliias del estudio no

han trazado en su frente la línea de las meditaciones, ni la atmósfera de la sabiduría presta á su persona el aire reflexivo de los sabios. Lo veréis pasar muchas veces junto á vosotros, sin que podáis presumir que aquello es un filósofo.

Mas debajo de la vulgaridad de las apariencias se esconde un verdadero *sprit fort*, un espíritu fuerte lleno de debilidades. El fondo de su razón es el abismo de la incredulidad; Dios es una manía del género humano, el origen del hombre un cuento de viejas, el culto debido á la Divinidad pura superstición, las leyes de la moral eterna meras conveniencias. He ahí el repertorio de sus conocimientos y el fundamento de toda su ciencia.

En verdad, no se necesita más sabiduría para ser imbécil ó para ser malvado.

## IV.

## SU CIENCIA.

Y bien: á todas estas soluciones definitivas que transforman el orden necesario de la sociedad, que cambian por completo la naturaleza evidente del hombre, ha llegado de golpe y porrazo, de la noche á la mañana, por pura intuición, por ciencia infusa; porque su biblioteca se encuentra tan vacía como su cerebro; ha recogido en las conversaciones de los cafés, en las discusiones de los ateneos y en las columnas de los periódicos, la parte más gro-



sera de los delirios filosóficos, y he aquí á la suprema ignorancia disponiendo á su arbitrio de Dios y del hombre, del tiempo y de la eternidad, del cielo y de la tierra.

La ciencia es su palabra favorita, su palabra decisiva; la ciencia humana, que tanto se contradice y tantas veces yerra, lo sabe todo; la ciencia, ciega ante los secretos de la vida y maniatada ante los misterios de la muerte, todo lo puede; la ciencia, en fin, incapaz de crear nada, todo lo quiere.

Bueno; la ciencia; pero ¿qué sabe?... ¡Vana pregunta! Para llegar á las tinieblas no se necesita luz ninguna. Al error conducen dos caminos igualmente seguros: la soberbia y la ignorancia. ¿Qué ciencia necesita el hombre para ser ciego?....

Toda su filosofía, pues, consiste en hacer alarde de las incredulidades dominantes; toda su ciencia se reduce á negar; su sistema no es más que un sistema de negaciones. Niega lo que debe á Dios, lo que debe á los hombres, lo que debe á la razón, lo que á sí mismo se debe, y en realidad no es más que un tramposo que liquida resueltamente el capital de su inteligencia negando todas sus deudas.

Penetrad en el fondo de su filosofía, y encontraréis allí la convicción única y solitaria de que no le debe nada á nadie. A Dios, ¡bah!; él no le ha pedido la gracia de la vida; á los hombres sólo les debe disgustos, recelos, inquietudes y desconfianzas; á su razón ¿qué puede deberle? No encuentra

en ella más que una mera espontaneidad de su ser; á sí mismo..... ¡ah!....., á sí mismo se debe molestias, enfermedades, dolores, todas las impertinencias de la vida y todo el horror de la muerte.

Ha tomado la incredulidad por ciencia y la impiedad por filosofía, y sin meterse en más averiguaciones, se ha declarado á sí mismo dueño del saber humano.

Todo lo que de algún modo se oponga á esta incredulidad sistemática y ciega, es á sus ojos preocupación, manías, supersticiones, ignorancia. Pero, entendámonos: la incredulidad, que es el fundamento y la deducción, el principio y la consecuencia de su filosofía, no pasa de ciertos límites; porque, en verdad, lo que le niega á la sabiduría infinita, se lo concede generosamente á la sabiduría humana. Si por una parte despoja á la Providencia de sus eternos atributos, por otra se los otorga graciosamente á la naturaleza. Si su condescendencia filosófica llega al punto de admitir la existencia del espíritu, no la considera más que como emanación de la materia, como un fenómeno químico, una cosa así como la llama que brota del fuego, como el sonido que se escapa de la cuerda herida, ondulaciones del organismo, vibraciones de las fibras agitadas por la vida; pues un fenómeno semejante al de la espuma que se produce por las agitaciones del agua.

Una inteligencia suprema que todo lo crea, que todo lo dirige y lo gobierna, no es cosa que



le cabe fácilmente en la cabeza, y prefiere la ley eventual del acaso ó la ley ciega de la fatalidad, porque en el caso forzoso de reconocer la realidad del Universo, no tiene empeño decidido en que se haya hecho á sí mismo ó en que sea el resultado de una causa cualquiera que desapareció al producirlo, ó que la materia activa, inteligente y eterna, sea á un mismo tiempo la causa y el efecto, la mano y la obra.

Todas las hipótesis, todas las extravagancias inventadas acerca de este punto, le parecen aceptables, admisibles...., porque, en fin, ¡quién sabe! la ciencia no ha penetrado todavía en los últimos arcanos de la naturaleza. Lo que no concibe, lo que no cabe en el orden de su filosofía, es la existencia de un Ser supremo, infinitamente bueno, sabio, poderoso, principio y fin de todas las cosas. Fuera de este principio vulgar que se resiste á su razón filosófica, no hay delirio, digámoslo así, científico en que no crea.

No le habléis del mundo sobrenatural, si no queréis despertar en sus labios la sonrisa de la compasión. ¡Los milagros! ¡Ah!: su ciencia los rechaza y su razón los desmiente. El *Antiguo Testamento* no es más que una leyenda; el *Nuevo Testamento*, un hecho puramente humano; la ignorancia ha llenado la historia de prodigios y el mundo de supersticiones. No discurre de otra manera; pero en cambio su incredulidad espera el cumplimiento del anuncio de *Condorcet*, que profetizó la

eternidad del hombre sobre la tierra por medio de la ciencia; cree en *Renan*, que bajo su palabra anuncia la aparición de un *químico* extraordinario, cuyo poder llegará hasta realizar la resurrección de la carne, y dobla la cabeza ante *Molescott*, que ha descubierto en el polvo de los sepulcros la materia que da á las plantas el poder de crear hombres.

## V.

## SU CONCIENCIA.

Su incredulidad no puede ser más crédula. No profesa los errores de ninguna secta determinada; su capacidad en este punto casi no tiene límites, pues acoge indistintamente los desatinos de todas las escuelas. Así es que un día lo encontráis *deísta*, esto es, partidario de un Dios insensible, indiferente, Dios nulo, perpetuamente dormido en el seno de la eternidad. Otro día aparece *naturalista*, y fuera de la naturaleza no encuentra nada. De repente cae en las obscuridades del *panteísmo*, y para él todo es Dios, menos Dios. A la vez seducen su ignorancia las ideas *materialistas*, y he aquí que se atribuye orgulosamente la ascendencia del mono, y no se concede otro fin más honroso que el del caballo. También lo tientan las conclusiones *positivistas*, y entonces sencillamente cree en el *Dios Humanidad*,



y con la mayor frescura, á renglón seguido de haberse declarado mulo, se erige en Dios.

Tal es la confusión en que se agita su ignorancia; noche oscura del entendimiento, en la que no penetra ni un rayo de luz, verdadero caos del alma.

Me atrevo á decir que su inteligencia ha contraído el vicio del error. Hay cierta concupiscencia de entendimiento en ese libertinaje de la ignorancia, porque á las disipaciones de la razón se acomodan muy fácilmente las disipaciones de las costumbres.

El ser moral que resulta de ese estado deplorable de la inteligencia no es ciertamente un modelo de perfección: no se turba el entendimiento sin que á la vez se turbe la conciencia. Un orden de ideas supone un orden de conducta, porque el hombre siente como piensa y obra como siente. La acción del error, obrando sobre la ignorancia, produce en la razón un terrible estrabismo; todo lo ve del revés, y es más, se complace en verlo.

Claro está, sin embargo, que nuestro filósofo no ha llegado á esas nebulosas alturas de la sabiduría por un prodigio de estudio ó de genio, sino que más bien se ha encontrado en ellas suavemente impulsado por las debilidades que tan continuamente nos solicitan. Todas las flaquezas de que adolece la especie humana, respiran allí su atmósfera propia; se puede decir que están en su elemento, que viven por derecho propio, cuya legi-

timidad, ya de una manera, ya de otra, ha venido á reconocer la ciencia.

Ya se ve; una filosofía tan amable, tan condescendiente, que desde luego nos autoriza á no reconocer nada superior á nosotros mismos, y que deja á nuestro arbitrio el arreglo de la vida futura, no ha de ser más meticulosa respecto á la vida presente. Si nos concede lisa y llanamente la facultad de crear dioses á nuestro gusto ó de anularlos, según nuestra voluntad, ¿con qué razón puede exigirnos rectitud en los sentimientos y moralidad en las acciones?

Dejemos á los talentos superiores perderse en el laberinto científico de sus tenebrosas abstracciones; pero convengamos en que ese vulgo de filósofos que hormiguea, lo mismo en los salones que en los talleres, lo mismo en las Universidades que en los garitos, se siente arrastrado principalmente por las seducciones de sus apetitos. Lo que hay en el hombre que más lo acerca al bruto, es lo que más pesa en la balanza de estos juicios humanos. Por una transmigración de la inteligencia, sólo concedida á la extrema ignorancia, el tipo que tenemos delante discurre más con los sentidos que con el entendimiento. Suprimid las pasiones que subyugan, los vicios que encadenan, los instintos que degradan, y la filosofía de la razón libre perderá en el instante mismo el gran número de sus partidarios.

Si, negando la evidencia del sol que nos alum-



bra, creyera librarse del calor con que nos ahoga en el verano, la negaría resueltamente, y se quedaría tan fresco. En realidad, este filósofo no busca la *ecuación entre el entendimiento y la cosa*, sino la conveniencia entre su razón y sus apetitos; la manera sencilla y verdaderamente cómoda de ser á un mismo tiempo libre é irresponsable. En una palabra: busca el secreto de dormir tranquilamente en medio de los desórdenes de su vida.

En todo rigor, puede decirse que es una cuestión de pura comodidad. La conciencia suele ser un juez demasiado severo; tiene susceptibilidades que nos ocasionan muchos disgustos, porque padece la manía de los remordimientos. Semejante huésped es bastante incómodo; se empeña en amargarnos los placeres más sabrosos, y no nos deja vivir en paz con nosotros mismos. ¿Qué hacer? El criminal la ahoga en el fondo de su alma, se tapa los oídos para no oír su voz, y anda por el mundo en perpetua lucha con ella; unas veces es vencedor y otras veces vencido. Nuestro filósofo no acertaría á vivir sin conciencia; la invoca siempre que el caso lo requiere, y no se determina á proscribirla; pero su conciencia es al fin y al cabo una conciencia despreocupada, flexible, razonable; una conciencia que está á la altura de los adelantos del siglo, una conciencia libre.

Lo diré de una vez: es la conciencia humana convertida de juez en cómplice. No es el tribunal que condena, sino el jurado que absuelve.

Ahora bien: este hombre, ¿puede ser honrado? Si os empeñáis, no me opongo: podrá serlo; pero ¡cuán difícilmente conseguiréis persuadirme de que puede ser virtuoso!

## VI.

## RASGOS DISTINTIVOS.

El absurdo atrae como el abismo, y el ser que bosquejamos no es una naturaleza privilegiada que pueda substraerse al imperio de esta ley impuesta á la flaqueza de la razón humana y á la debilidad de nuestros sentidos; y el caos de lo que me atrevo á llamar sus ideas, produce naturalmente el caos de su lenguaje, porque habla una lengua en la que se halla trastornado el sentido íntimo de las palabras: llama valor á la cobardía moral del suicidio, á la soberbia dignidad, á los vicios necesidades, ilustración á la libertad de las costumbres, derecho á la fuerza, ley al éxito, á la impiedad despreocupación, fanatismo á la fe. Vuélvase del revés el diccionario, y se obtendrá la idea exacta de su lenguaje.

Hay ocasiones en que el escándalo de las mujeres públicas, que á todas horas se encuentran en las calles principales de Madrid, obliga á las autoridades á recoger esos prospectos vivos del vicio por pura decencia. Entonces nuestro filósofo censura agriamente aquel atentado contra el derecho indi-



vidual. Toda su compasión se subleva en favor de esas pobres mujeres que especulan con sus encantos como otros especulan con su talento, que viven de ellos como viven los demás de su fuerza ó de sus negocios, de su patrimonio ó de sus rentas. ¿Acaso (pregunta) es menos legítima la propiedad de la juventud y de los atractivos personales que la de una herencia? La civilización (añade) no consiente las proscripciones arbitrarias. Conven-go en que se les sujete á una inspección higiénica, porque al fin *salus populi, suprema lex*: pero substraerlas de la circulación, restarlas de la vida común á que todos tenemos igual derecho, es una confiscación que ninguna ley autoriza. No reconozco en la sociedad aptitud suficiente para perseguir á la naturaleza.

Así se explica. Mas no se trata de esos seres ciertamente infortunados que se revuelcan en el cieno del mundo; se trata, en verdad, de otras mujeres mucho más dichosas, que han consagrado su vida á la oración y á la penitencia; no se trata de recluirlas por algunos días, sino de excluir las para siempre; no es que se las obliga á ocultarse en sus casas por algunas horas, sino que se las arroja de ellas para que no vuelvan; no es que se les niega la calle, sino que se les quita la casa. Se trata, pues, de una comunidad de monjas, que posee la celda en que habita, y el templo en que ora, y el claustro en que se mortifica, con más títulos que los reyes sus coronas, con tanto dere-

cho como el propietario su hacienda; mas llega un día en que la autoridad allana el recinto sagrado de este hogar bendecido, y con la más sencilla naturalidad se apropia lo ajeno contra la voluntad de su dueño. Aquí nuestro filósofo no puede ocultar la satisfacción que experimenta.

¡Monjas! (exclama): ¿y para qué sirven? ¿Qué beneficios traen al mundo esos seres fósiles enclaustrados entre los muros del convento?... En los siglos bárbaros han podido pasar, á la sombra del obscurantismo, esas mutilaciones de la *humanidad*; pero los adelantos del siglo las proscriben: la civilización reclama el concurso de todas las fuerzas sociales para realizar su grande obra, y la naturaleza se indigna de que así se defrauden sus derechos.

Estos dos rasgos determinan claramente su fisonomía intelectual y su fisonomía moral; pero posee otro más inequívoco, porque la facción dominante de su entendimiento es el horror..., el horror á los curas.

## VII.

## FACCIÓN DOMINANTE.

Siempre encontraréis en él un fondo de amable indulgencia en favor de los falsos cultos. ¡Mahoma!.... ¡Bah! Bien se pueden perdonar las falsedades del Profeta por las delicias del serrallo; por-



que al fin, ¡qué demonio!, la religión del alfanje promete un cielo bastante voluptuoso; si bien se mira, el paraíso que la civilización moderna nos tiene prometido, no es más que el edén de los musulmanes realizado sobre la tierra. Los judíos congregados en la sinagoga son los restos de un pueblo que se sobrevive, las ruinas de un monumento de la antigüedad, un objeto arqueológico. Además, es una raza de mercaderes que se amolda perfectamente al movimiento mercantil del siglo; porque si aún esperan al Mesías, mientras no llega, su Dios es el oro.

El pastor protestante, sea la que quiera la secta á que pertenezca, podrá tener sus preocupaciones religiosas; pero al fin es un hombre que se casa, que turna, digámoslo así, entre la propaganda de la secta y la propagación de la especie, es un hombre como otro cualquiera que, en sabiendo leer unos cuantos versículos de su Biblia, ha cumplido con todos los deberes de su ministerio. De sombrero puede pasar á obispo. En la aldea ó en el barrio en que vive no pasa de ser un buen hombre, que en realidad no ejerce ningún magisterio: su casa, su mujer, sus hijos y algunas hojas de su Biblia, he ahí toda su teología. No es molesto ni á las flaquezas ni á los extravíos de la naturaleza humana. Las costumbres, que las arregle la policía; lo lícito y lo ilícito corresponde definirlo á las leyes civiles, y él no se mete en más honduras. Fuera de los furros puramente sectarios que pueda padecer,

su fe es bastante tibia, su convicción carece de entusiasmo, del fuego en que se templan los sacrificios. No es un héroe ni será jamás un mártir. Nuestro filósofo no ve en esos cultos ningún peligro serio para la impiedad. Si su ilustración filosófica le permitiera adoptar alguna religión positiva, viviría mejor bajo el papado de la reina Victoria que bajo el papado de Pío IX.

Pero no le habléis del sacerdote católico, porque no puede soportar la idea de su ministerio. Experimenta hacia las sotanas, lo mismo negras que purpúreas, una antipatía invencible. Parece que son los fantasmas que turban los sueños de su vida... ¡Los curas!... ¡Oh!; no puede con ellos. Como Nerón, desearía que no tuviesen más que una cabeza para cortarla de un solo golpe. No les perdonará nunca que impriman en el niño que acaba de nacer la gracia del bautismo, que absuelvan en el tribunal de la penitencia al pecador arrependido, que tengan en sus manos el nudo sagrado de los lazos indisolubles, que sean ellos, en fin, los que levanten nuestro espíritu en la hora suprema de la muerte y bendigan nuestra sepultura.

La Iglesia es la pesadilla de su razón y la desesperación de su filosofía. Se irrita al verla sobrevivir á la muerte, á que la tiene condenada *la ciencia*. Por todas partes le sale al paso; en la historia, en el arte, en las ruinas, en los recuerdos de lo pasado, en las agitaciones de lo presente y en las esperanzas de lo por venir, oye sus cánticos siempre au-



gustos, tristes en los días de las tribulaciones, alegres en los días de regocijo. La cruz, siempre la cruz, en las cúpulas de los templos, en el humilde techo de las cabañas, en la soledad de los caminos, en las puertas de los cementerios; la cruz en las regiones salvajes, donde no han podido penetrar las conquistas de la espada ni las conquistas de la ciencia; la cruz allí donde hay estragos que contener, corazones que amar, almas que redimir; la cruz multiplicándose por toda la superficie de la tierra, proscrita y triunfante, perseguida y á la vez vencedora.

Mas aún: la cruz suspendida como signo de honor en el pecho de muchos que la ultrajan y de tantos como la denigran; la cruz como testimonio de verdad, como fe de juramento, en los labios de aquellos mismos que la escarnecen.

No puede perdonarle su influencia en la familia, su importancia en la sociedad, su gloria en el mundo. No concibe cómo el siglo que todo lo sabe, que todo lo puede y que todo lo quiere, no ha podido todavía secularizar la fe. *Los curas*, esas *manos muertas*, son las que mantienen viva en el fondo del hogar doméstico la rebelión contra los mandatos de la impiedad. ¡Se les empobrece y no mueren! ¡Se les persigue y no se acaban! ¡Se les degüella y viven!....

Vedlo, indignado contra la expulsión de los moriscos, invocar en su favor la justicia, el derecho y las conveniencias políticas; pero, á renglón se-

guido, ó, mejor dicho, á la vuelta de la hoja, lo veréis aprobar, enaltecer, aplaudir la expulsión de los jesuitas.

Hemos pronunciado el nombre que acaba con el último resto de su paciencia. ¡Jesuitas!... ¡Ah! Esasotanas y esos breviarios ambulantes, que cruzan los mares y penetran en los desiertos; que buscan á los enfermos en los horrores del contagio, que persuaden, que enseñan, que predicán, que convierten y que bendicen, que poseen los secretos de todos los conocimientos humanos, que propagan la fe, al mismo tiempo que la ciencia, son verdaderamente irresistibles. Asociación tenebrosa, que mina los caminos por donde marcha el carro de la civilización moderna.

Donde los veáis perseguidos por la lengua, el escarnio ó el desprecio de la injuria ó de la calumnia, allí podéis decir que habla toda la ciencia del filósofo que os describo; porque la quinta esencia de sus conocimientos, el *summum* de su sabiduría, lo más trascendental de su doctrina, es el horror á los *curas*.

Mas no se crea que su animadversión traspasa inconsideradamente todos los límites y arrolla en su furor los términos de todas las conveniencias. No; suele detenerse ante el respeto de ciertas consideraciones; alguna vez se transforma el rencor en benevolencia, y la injuria en alabanza.

Por ejemplo: pueden encontrarse bajo la corona del sacerdote extravíos culpables, flaquezas de la



miseria humana, algo ó mucho quizá de las corrupciones del siglo; y si al mismo tiempo encuentra la tolerancia, es decir, la complicidad que la perversión de las costumbres dispensa siempre á la perversión de las ideas, entonces no ven los ojos de su filosofía un *cura* intolerable, un *cura* odioso, ó un *cura* risible, sino un *cura* razonable, un *cura* á la altura del siglo, un *cura* ilustrado. Lo encuentra, digámoslo así, en su terreno, y ya no tiene inconveniente en estrechar su mano. ¡Qué satisfacción para la ciencia!

Aún puede llevar más lejos su condescendencia, porque el sacerdote despreocupado puede á la vez ilustrarse hasta el punto de caer en la apostasía. Entonces sí que lo protege y lo admira. ¡Qué entusiasmo experimenta ante el espectáculo de esas tristes decepciones! Parece que necesita despreciarlo para no perseguirlo.

## VIII.

## MÉDICO.

Tal es la fisonomía interior de este filósofo, la extensión de sus conocimientos y la índole moral que le sirve de gobierno. Krausista sin saberlo, *realiza su ciencia*, viviendo *abierto* de par en par á todos los goces que el mundo le ofrece, en amigable intimidad con la naturaleza, esto es, con la suya, en la cual sólo encuentra las insinuaciones

de sus apetitos. Como si la incredulidad ocupara todos los espacios de su entendimiento, suele carecer de otra actitud. ¿Ha pasado por el claustro de alguna Universidad?... Bueno; ha pasado. ¿Y qué? Todo pasa en el mundo. También pasan en la circulación de la moneda los duros falsos. ¿Ha salido de la Universidad con un título académico? Muy bien; pero he aquí que los títulos académicos están en baja como los títulos de la Deuda. Representan ciento, y sólo valen trece.

Sale, pues, con un trece por ciento de ciencia médica; pero, ¡ah!, no lo ha pensado bien, porque le sale al paso un inconveniente que no había previsto: la conspiración teocrática le persigue: los enfermos le piden á su ciencia, ¡qué desatino!..., *curas*. Esta palabra se levanta ante sus ojos negra como la obscuridad de su entendimiento. ¡Ah! bien se puede morir todo el género humano; en su ciencia no hay *curas* ni para las más ligeras dolencias, y huye de los enfermos como de la muerte, y se refugia en la vida de los ateneos, de los cafés y de los clubs; en la vida donde hierve el movimiento filosófico de nuestro siglo, inmenso hospital de espíritus inválidos, en el que todos parecen incurables.

Pero, vamos, si no *cura*, á lo menos visita. El enfermo padece mucho, y llama á Dios en medio de sus angustias.

—¡Dios!... (dice el médico con desdén.) Medicamentos son los que hacen falta, no plegarias.